

sin manifestarla los verdaderos deseos que le inspiraba su hermosura.

Ocultaba su presa á las miradas de todo el mundo, para poder alcanzar su triunfo con más seguridad.

No faltó, sin embargo, quien anunció á Roldan los medios de que se había valido Mogica para subyugar á Anacaona.

Roldan, que no había olvidado la pasión que había despertado en él la reina de Xaragua, se preparó á combatir con su camarada para arrebatársela de sus manos y satisfacer su pasión.

Este deseo estaba llamado á producir nuevos conflictos en la colonia.

## Capítulo LXXVIII.

### Ardides de Mogica.

No tardó Mogica en saber que acechaba sus pasos Roldan, y como le conocía lo bastante para saber que lograría con maña destruir sus proyectos, apresuró el momento de realizarlos.

Anacaona no era ni su sombra.

Había sufrido demasiado desde que los españoles habían llegado por primera vez á su hermoso país, y las desgracias, más que el tiempo, habían impreso sus tristes huellas en su rostro.

Fijándose un instante en las situaciones por que había pasado la pobre reina, no podía menos de sentir el alma compasión hácia su infortunio.

Hija de uno de los más poderosos caciques, envidiada por su belleza, festejada por todo el mundo, habia logrado inspirar amor á un hombre valeroso, que al llegar á sus estados desde el país de los caribes, habia logrado poner freno á los enemigos de los alrededores y habia sembrado el ramo de oliva en aquella deliciosa comarca.

Todo les sonreía.

Los cuatro reyes que gobernaban el territorio consideraban como su jefe á Anacaona y se miraban en sus ojos, que eran espejo de su felicidad.

De pronto aquellos risueños horizontes que la rodeaban habian desaparecido, y negras y pobladas nubes, que concentraban en su seno la tempestad, cambiaron por completo el estado de su ánimo.

La Providencia habia querido que presenciase el horrible espectáculo de la ruina de su raza.

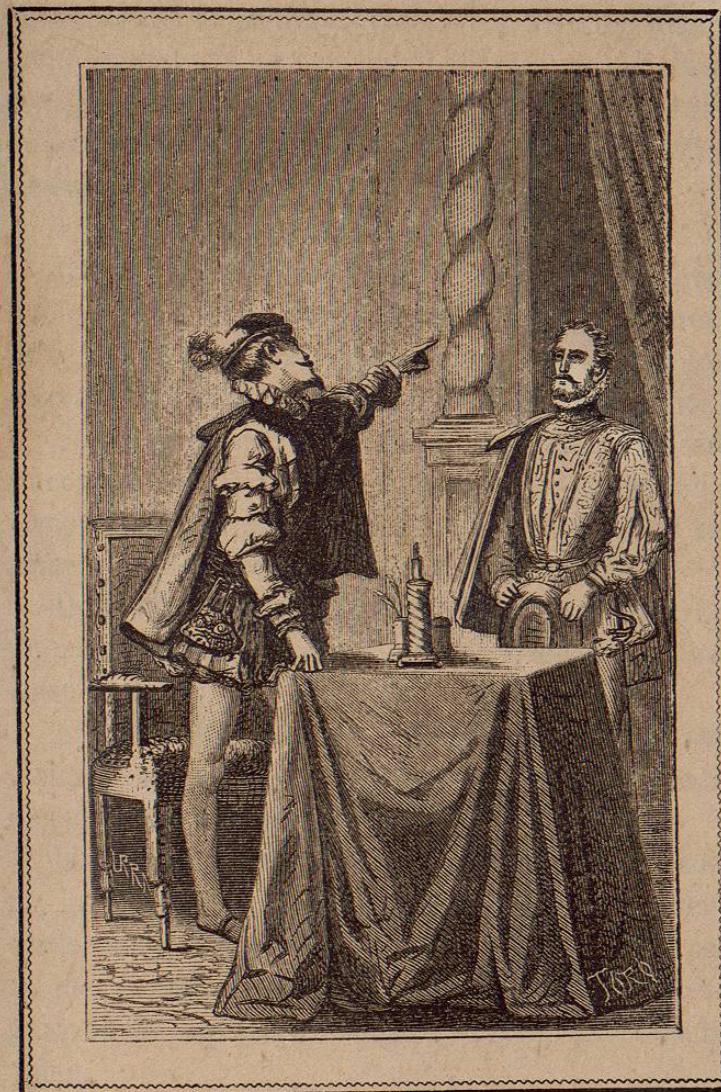
Veía á sus piés el cetro hecho pedazos.

Tres tumbas encerraban los restos de tres reyes.

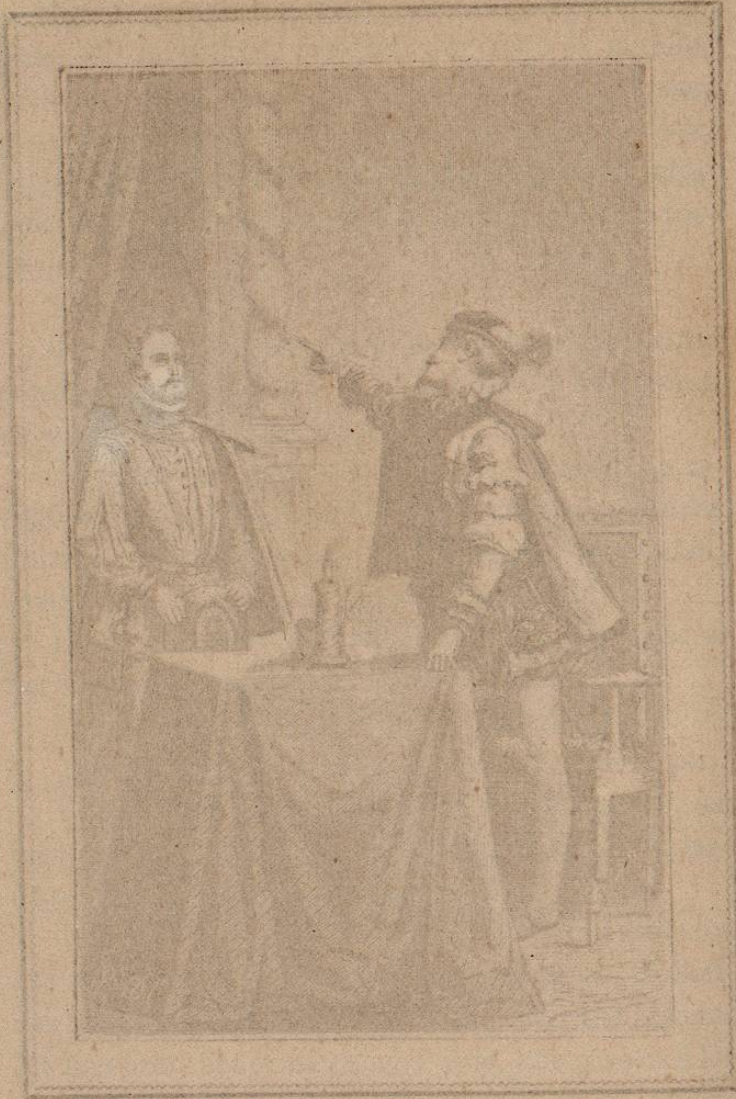
Caonabo, su esposo, en poder del extranjero, estaba á gran distancia, y Guaorocaya yacía aprisionado en las mazmorras de los españoles.

Destrozado su ejército en una y otra lid, asolados sus campos, destruida la paz de las familias, seducidas las vírgenes, ultrajadas las esposas, mancillados los hombres, aquel encantador país, que parecia á los españoles el Paraíso, se habia trocado en un infierno, y sus abrasadoras llamas mortificaban incesantemente á aquella gran mujer.

¿Qué era sino una pobre esclava?



CRISTÓBAL COLON.—En ese caso, voy á verme precisado á desempeñar mis funciones de alcalde mayor.



En medio de su desventura, veía á su hija feliz, creía de buena fé las palabras de Hernando de Guevara y de Bartolomé Colón, y suponía á su esposo en la córte de España siendo objeto de los mayores agasajos.

Este era su único consuelo.

Pobre y triste consuelo para aquella mujer, que hubiera dado por la libertad de su esposo, por la compañía de Higuamota, no su cetro, sino todos los cetros de la tierra, si hubieran estado en sus manos.

Sentía abandonar á su patria; pero había algo en su corazón que la incitaba á partir, porque se veía completamente sola, y necesitaba volver á hallar su amor y su alegría en Caonabo y en su hija.

Dando fé á las palabras de Mogica, esperaba de un momento á otro en su palacio de Xaragua la hora de su partida.

El jefe de los rebeldes, teniendo noticia por sus espías de que se acercaba Roldán, apresuró la realización de sus deseos.

Llegó con sus soldados á la morada de Anacoana, los situó diestramente para que pudieran anunciarle con tiempo la llegada de su perseguidor y para que, en caso necesario, pudieran defenderle, y seguro de la impunidad, se acercó á la infortunada reina.

—¿Estais resuelta á partir?—le dijo.

—Si lo estoy.

—Y yo á cumplir mi palabra, aun cuando necesitamos vencer muchas dificultades, porque se nos vi-

gila, y ha dado el almirante la orden de que no te se deje salir de la isla. Tal vez sea necesario que nos alejemos de Xaragna para librarnos de Roldan, á quien el almirante, ignorando la venganza que desea tomar de tí, ha dado el encargo de vigilarte y de impedir que te lleve á mi lado.

—¡Ese hombre infame me persigue!

—Si, ha jurado tu exterminio; pero no temas, yo te defenderé.

—¿Qué sentimiento,—preguntó Anacaona,—te impulsa á hacer ese sacrificio por mí?

—Déjame que lo oculte,—dijo Mogica.

—No, es necesario que yo lo sepa. Tú viniste con Roldan pretextando que vuestro jefe os enviaba penetrar en mis dominios, y como él, destruiste la paz que aquí reinaba. ¿Por qué ese cambio?

—Si te empeñas en descubrir el móvil que me guia, yo te confiaré los secretos de mi corazón.

—Habla, habla: es preciso, yo lo quiero, yo lo pido.

—Pues bien,—dijo Mogica, resuelto á jugar el todo por el todo.—Voy á descórrer á tus ojos la verdad de tu situación, la verdad de la mia.

Anacaona, poseida de un doloroso presentimiento, le escuchaba con temor y ansiedad.

—Te han engañado,—dijo Mogica.—¿Tú crees que los españoles te estiman?

—Sí.

—¿Crees que han llevado á tu esposo á España, y que allí es el objeto del aprecio de los reyes, de la admiración de los españoles?

—Sí, sí; me lo han asegurado.

—¡Desgraciada!

—Pues qué, ¿no es cierto?

—No.

—¿Qué dices? Habla,—exclamó Anacaona, cogiendo maquinalmente la mano de Mogica y alentándole á que le confiara la verdad.

—Repito que te han engañado villanamente.

—No es posible: Hernando de Guevara, el esposo de mi hija, no ha podido engañarme.

—El es cómplice de los españoles.

—No, no puede ser. Si así fuera, no habria inspirado á mi hija el amor que ha sentido por él.

—Tu hija será su víctima.

—¡Calla!... ¡Calla! No despedaces de esa manera mi corazón.

—Tú me has pedido la verdad, y la verdad te digo. Armate de valor y escucha.

Caonabo salió con el almirante para España: en medio del camino se acabaron los víveres á los españoles, y en aquella angustiosa situación resolvieron matar á los indios para satisfacer sus necesidades.

Los indios lo supieron, y una mujer, una reina caribe que habia sido aprisionada por los españoles, y que al hallar á bordo á Caonabo se prendó de él, incitó á todos los indios á la rebelion. En medio del silencio de la noche, cuando rugia en el espacio la tempestad, rompió las cadenas que sujetaban á Caonabo, guió á los indios, los lanzó sobre sus enemigos: pero sus tentativas fueron inútiles, y Caonabo y sus

hermanos murieron en la lid. La reina caribe quiso huir, precipitándose en las olas; uno de los soldados disparó su arcabuz, atravesó su pecho, y tiñó con su sangre el agua del mar.

—¡Oh, qué horror!—exclamó Anacaona, poseida de un inmenso dolor.—Pero no puede ser. ¿Por qué te complaces en engañarme? y si es cierto, ¿qué móvil te guía á matar la ilusion en mi pecho? Sí, en medio de mis desventuras, yo era feliz, porque pensaba en la fortuna que Caonabo habia alcanzado en España; porque gozaba en la felicidad de mi hija; porque soñaba verla algun dia, estrecharla en mis brazos, inundando así de alegría mi corazon... ¿Pero quién me asegura que son ciertas las noticias que acabas de darme?

—Oye, Anacaona, oye: perdóname que turbe tu dolor con una confesion. Te hablo así porque te compadezco, porque me interesa tu desgracia, porque desde el momento en que te ví he sentido en mi alma una pasion vehemente, un amor sin límites que hoy es ya tu única salvacion.

—¿Qué dices?

—Digo que te amo, que por tí olvido el amor á mi patria, olvido mis deberes, lo olvido todo. Tengo soldados, tengo fuerzas para luchar al lado tuyo contra tus enemigos, que son los míos, para ayudarte á realizar la más atroz venganza que ha visto el mundo. ¿Quieres que perezcan todos? ¿Quieres que con su sangre paguen los infortunios que han caido sobre tí? Una palabra tuya bastará: dime que me amas,

que correspondes á esta pasion que siente mi alma, y yo uniré mis tropas á las tuyas; yo, inspirado por tu amor, destruiré las fortalezas, asolaré los campos, clavaré un puñal en el mismo corazon del almirante y con mi cariño te haré olvidar las penas.

Y al decir esto quiso estrechar entre sus brazos á la india.

—¡Huye, miserable, huye!—exclamó Anacaona, dando un salto hácia atrás, como la pantera que se ve presa y toma tierra para caer sobre sus enemigos.

—Anacaona...

—Eres un malvado, y ahora comprendo tus designios; pero si te acercas á mí, ó tendrás que matarme, ó morirás á mis manos.

—¿Estás loca?

—No lo estoy; pero me has engañado, no creo nada de lo que me has dicho. Caonabo vive, mi hija es dichosa... Voy, voy á ver al almirante; él me dirá la verdad, porque es bueno.

Y al decir esto salió precipitadamente, y Mogica desesperado corrió tras ella.

—Capitan, capitan,—gritaron al mismo tiempo algunos de los soldados.

—¿Qué ocurre?

—Roldan se acerca.

—¡Maldicion!

—Ha sabido que estás aquí, y ha presumido la causa. Trae fuerzas considerables.

—Huyamos entonces; yo le juro que pagará muy cara la traicion que me ha hecho.

Y partiendo precipitadamente con los suyos, mientras Roldan llegaba al palacio de Anacaona y registraba todos sus alrededores, se encaminó á Bonaio para pedir auxilio á Pedro Riquelme, á quien, como recordará el lector, habia nombrado alcalde el mismo Roldan.

—Nuestro antiguo jefe,—le dijo,—se ha vendido al gobierno; es un instrumento ciego de la voluntad de Colon; por su culpa hemos perdido la ocasion de tener en Ojeda un jefe valeroso y esforzado. Resuelto á que los reyes ratifiquen las concesiones que le ha hecho el almirante, hace todo lo posible por aparecer leal á sus ojos; y como conoce á nuestros compañeros, como sabe sus madrigueras, nos persigue de muerte, y es necesario que nos unamos contra él.

—Sí, sí,—dijo Riquelme;—cuenta con mi ayuda. Los antiguos rencores se despertaron.

Los rebeldes volvieron á reunirse con más furia que nunca, porque entonces, al deseo de independencia, unian el de venganza.

Mogica se encargó de salir al encuentro de Roldan, de luchar brazo á brazo con él y con los suyos, y de no detenerse, si vencía, hasta llegar á Santo Domingo para apoderarse del almirante.

Mientras esta conjuracion se tramaba, se hallaba Colon en el fuerte de la Concepcion con muy pocos soldados.

Pero no tardó en saber la mina que se formaba á sus piés.

Habia sufrido demasiado para que no se agotase su paciencia.

Todos habian tomado la bondad de su carácter por pusilanimidad.

En la córte le perseguian sus enemigos.

Los mismos reyes rasgaban los tratados que habian hecho con él, y ultrajaban su nombre y eclipsaban su gloria.

En la colonia se habian rebelado contra su autoridad aquellos que más beneficios habian recibido de él.

No era posible resistir más tiempo aquella tiranía de las masas.

En el colmo de su desesperacion, alentado por Bartolomé, que veía con pena el acrecentamiento de la insurreccion, resolvió castigar ejemplarmente á aquellos miserables, y olvidando toda clase de consideraciones, se decidió á pacificar para siempre la isla con vigorosas y enérgicas medidas.

Sabia que Roldan avanzaba hasta el paraje en donde se ocultaban los rebeldes para vengarse de Mogica, y con siete criados de su confianza y tres escuderos, todos bien armados, abandonó de noche el fuerte de la Concepcion y se encaminó cautelosamente á la residencia de los rebeldes, que, confiados en el secreto de su plan y en la debilidad que suponian en el almirante, no habian tomado precaucion alguna.

Colon los sorprendió

En medio de su turbacion se apoderó de Mogica y

de algunos otros de sus cómplices, y antes de que pudieran apercibirse de lo que pasaba sus secuaces, los llevó prisioneros al fuerte de la Concepcion.

Si tarda un dia más en adoptar aquella actitud enérgica, nada más cierto que su ruina.

Riquelme pudo escaparse, y poniéndose al frente de los sediciosos, acordó libertar á los prisioneros y descaradamente apoderarse del mando de la isla.

En vano habló la piedad al alma de Colon.

Mogica habia sido un traidor, y necesitaba ser castigado.

No bien llegó á Santo Domingo para aprestar lo necesario á fin de sofocar la nueva insurreccion, cuando tuvo noticia de la llegada de Anacaona, que iba á quejarse á él de Mogica y á preguntarle si eran ciertas las noticias que éste le habia dado.

Colon no quiso arrebatár la esperanza á la pobre mujer, y las desmintió.

Para convencerla más y más, al mismo tiempo que para castigar al culpable y escarmentar á sus cómplices, mandó que fuese Mogica colgado del asta bandera del fuerte de la Concepcion.

Ni aun el mismo reo creia que se llevaria á cabo aquella sentencia.

La idea que todos tenian del almirante hacia suponer que no tendria bastante energia para consumir aquel castigo.

Pero ya no podia retroceder.

Sofocando la piedad, mandó terminantemente que se cumpliese la sentencia.

Roldan, en tanto, combatia con los rebeldes y procuraba apoderarse de ellos, no sin dificultad, porque la mayor parte de sus soldados le abandonaban.

No habia sonado, sin embargo, para él la hora de la expiacion.